

NUNCA
BASTA NADA

Joaquina Rodríguez P.

Tú y yo la miramos al mismo tiempo mientras se alejaba de nosotros. Sus pantorrillas corroboraban la armonía entre estatura, separación de hombros y longitud del cuello oculto por una cabellera leonada. Pero lo que más llamó nuestra atención fue su trasero. En verdad sus nalgas eran perfectas y se adivinaban montadas en muslos de igual calidad. Tú volviste hacia mí los ojos y te devolví la sonrisa de quien ha compartido el mismo placer estético. Entonces dijiste aquello de “no basta una buena nalga”, y te alejaste.

Te fuiste a reunir con el grupo donde estaba aquel conocido tuyo cuyo apellido nunca pudiste recordar. Te marchaste sin mí. La humedad del vaso de *whisky* me subía hasta los ojos, pero tú ya no viste su transparencia. Tampoco mi desen-

canto por tu mentira repetida, de no sé qué libro, que definía el amor como dos pares de ojos dirigiendo sus miradas en la misma dirección. No era verdad. Habíamos mirado en la misma dirección y no te bastó. No te bastó tampoco mi sonrisa permisiva, atenuante, e incluso cómplice aparejada con la tuya. Pero tú no percibiste más que la sincronía de las sonrisas. La mía preferiste que te significara el salvoconducto para alejarte de mí. Y yo había accedido de buena gana a ir a ese *cocktail* para estar contigo; para seguir mirando accionar tus manos que poco antes habían acariciado mi piel. Pero no te bastó. Quisiste salir y alejarte de mí con el pretexto de la invitación insoslayable. Porque ahora sé que fue un pretexto, un subterfugio para salir no sé de qué ni hacia dónde. Y sólo sé que nunca basta nada.

